



CAPÍTULO VIII

Batalla de las Navas de Tolosa

AÑO 1216

GRAS esto quedaron las provincias granadinas en manos de los almohades, que acaudillados algún tiempo después por sus emires Yusuf-ben-Yakub y Yakub-ben-Yusuf, recorrieron el reino de Toledo y quebrantaron en Alarcos todo el poder de Alfonso VIII. Andújar y Baeza volvieron á quedar esclavas, y no sintieron ya ni en sí ni en sus alrededores estruendo de guerra hasta que un ejército de cruzados fué á retar al emir Mohamed-ben-Yakub en las Navas de Tolosa.

Este Mohamed-ben-Yakub estaba lleno de orgullo por las victorias de sus antecesores en España; y al saber que Alfonso, ya repuesto de su derrota, se había atrevido á penetrar en el occidente de Andalucía, cobró tal encono, que llamando preci-

pitadamente todos sus estados á la guerra santa, se trasladó á Tarifa con un ejército de quinientos mil soldados. Pasó de Tarifa á Sevilla, dispuso allí la campaña, y después de haber recibido á Sancho de Navarra y á los embajadores de Juan sin Tierra, movió su inmensa hueste para Castilla, que hubiera tal vez venido á no haber pasado imprudentemente siete meses en la toma del castillo de Salvatierra. Confiado de suyo, y viéndose en medio de tanta muchedumbre de guerreros, amenazaba invadir no sólo Castilla, sino también la España entera. Lo consideraba todo campo estrecho para su gloria, y ciego de entusiasmo llegaba á prometerse, si no mienten las crónicas cristianas, que había de entrar un día en la ciudad de Roma y alojar sus caballos en la iglesia de San Pedro. Era verdaderamente formidable, y con sólo mover la planta puso en alarma toda la Península y aun gran parte de Europa.

Estremecióse Alfonso apenas supo su desembarco en Tarifa, y sintiéndose débil para luchar con enemigo tan poderoso, no tenía bastante voz para llamar á las armas á sus súbditos y aliados é invocar el favor de los príncipes de Francia é Italia. Convocó cortes en Toledo, mandó que se preparasen para la guerra grandes y prelados, solicitó el auxilio de los reyes de Aragón y de Navarra, envió embajadores á Francia, despachó á Roma al arzobispo D. Rodrigo con el encargo de manifestar al Papa el peligro en que se hallaban él y toda la cristiandad si no se oponía diques al torrente de los musulmanes. Solo, hubiera debido tal vez sucumbir; mas su acento halló afortunadamente eco en todas las gentes y en todas las naciones. En Castilla príncipes y prelados, villas y ciudades, hidalgos y pecheros, todos corrieron á agruparse en torno de sus antiguos estandartes; Aragón organizó un grande ejército; el Papa predicó la cruzada contra los infieles, y dispuso en Roma una procesión, á que asistieron, descalzos los pies y con ásperos sayales, él y su corte, todos los sacerdotes y cuantos sentían en su corazón amor á Jesucristo. Era aquella campaña guerra

de religión, y el Papa y todos los príncipes cristianos conocieron la necesidad de salvar la suya de la ruina que la amenazaba.

Fué indudablemente el Papa el que contribuyó más á robustecer el poder de Alfonso. Al eco de sus ardientes palabras pronunciadas ante aquella procesión solemne, y á la vista de las lágrimas que derramó al orar de rodillas en la iglesia de Santa Cruz por la salud de España, vinieron acá desde las más apartadas tierras caballeros de valor y de fe que andaban solícitos por encontrar en nuestros campos de batalla la muerte de los mártires. Y fué en breve Toledo un vasto campamento de francos y lombardos, de portugueses y leoneses, y de aragoneses y rayanos; y vióse brillar en aquel campamento entre los cascos de los caballeros las mitras de los prelados, y entre los hierros de las lanzas los báculos de los abades, y entre las cotas de malla las cogullas de los monjes. Y fueron tales los cruzados de unos y otros reinos, y tantas y tan grandes las mesnadas de los barones, y tan crecidas las huestes de los concejos, que no cogiendo en la ciudad tuvieron que acampar muchos en la Huerta del Rey á la sombra de los árboles. Y no sonaban dentro ni fuera de la ciudad sino voces de guerra; y como no había corazón que no estuviese encendido en la fe, no había soldado que no ansiase ver la luz que había de conducirle á esgrimir su espada contra los ejércitos infieles.

Palpitó de gozo el pecho de Alfonso al ver en torno suyo tanto pendón y tanta muchedumbre. Ardiendo en vivos deseos de lavar la afrenta de Alarcos, ordenó sus tropas y abrió pronto la campaña. Dirigióse primero á Malacón, que cedió al primer choque de sus armas; sitió y tomó á Calatrava, que capituló después de los heróicos esfuerzos de Ebn-Kades; y aunque después de tan brillantes jornadas se vió abandonado por la mayor parte de los cruzados extranjeros, que empezaban á echar de menos el suelo de su patria, confiando más en Dios que en las armas, pasó á Alarcos, que encontró desamparada por los árabes, se adelantó hasta Salvatierra, y dejando para

mejor coyuntura la conquista de este castillo, corrió á Sierra-Morena, deseando vencer á sus enemigos en el mismo corazón de Andalucía. Acababa de recibir en Alarcos al rey de Navarra (1), que bajó al fin á la cruzada con la flor de sus caballeros y cuantas tropas pudo; y creyó llegada la hora de penetrar en ese tan decantado reino de los árabes donde otro Alfonso había ya hecho sentir la fuerza del cetro de Castilla. Llegó á las riberas de Guadalquivir al pié del Puerto de Muradal, cuyas alturas ocupadas por los infieles acababan de ser despejadas por tres de los mejores caudillos de su vanguardia; trepó con los reyes de Aragón y de Navarra á la cumbre, puso en ella sus tiendas, combatió y ganó á Castro Ferral, y lleno de ardor y de fe hasta intentó ganar á punta de espada el paso de la Losa, paso estrechísimo que, según el mismo Alfonso, habrían podido defender mil hombres contra todos los del mundo, paso que ocupado como estaba por los almohades habría sido quizá la tumba del ejército cristiano á no habersele abierto camino más fácil para bajar á la llanura. Al hacerse cargo Alfonso de la inmensidad del peligro, llamó á consejo á reyes, grandes y prelados; pero no quiso acceder de modo alguno á la idea de retroceder una ó más jornadas en busca de más obvia entrada

(1) Este rey de Navarra apenas supo la llegada de Mohamed á Sevilla, le mandó embajadores con una carta en que, además de avasallársele rendidamente, le pidió permiso para pasar á saludarle. Concedióselo Mohamed, le prodigó mil atenciones durante su largo viaje, le recibió con esplendidez, le habló con afabilidad, le hizo brillantes regalos, y ajustó por fin con él un tratado de paz que debía regir mientras durase el Imperio de los hijos de Abdelmumen. Comprometido así Sancho, es evidente que no podía corresponder á los deseos de Alfonso ni ayudarle directa ni indirectamente en la campaña empezada, y así se negó al principio á tomar parte en la cruzada. Después, empero, ya que estuviere pesaroso de su alianza con los infieles, ya que á la vista de tantos ejércitos reunidos pudiesen más con él los sentimientos guerreros y religiosos que la conciencia de sus deberes, rompiendo con todos los respetos debidos á un tratado que celebró solemne y espontáneamente, se resolvió á pasar con su ejército á la guerra santa, y saliendo con precipitación en busca de los cruzados, los encontró y se juntó con ellos en ese castillo de Alarcos. Sirvió de mucho este rey en la batalla de las Navas, dió rudos y certeros golpes contra los ejércitos de su antiguo aliado, ganó mucho con su asistencia la cristiandad entera; mas ¿basta esto para cohonestar la violación de un convenio cuando para ella no medió ninguna causa legítima?

á las Navas de Tolosa. «Nuestras mismas tropas, dijo, achacarán á miedo nuestra retirada, y los que hasta aquí nos han seguido abandonarán nuestras banderas. Arrancarán de sus hombros la cruz creyendo que no queremos pelear con los moros; y ¿quién bastará á detenerlos si llegan á dar un solo paso fuera de nuestro campamento? Los que sirven á Dios no han de temer la muerte: arrojémonos sobre los enemigos: Dios es nuestro caudillo, y el que aterró legiones de ángeles rebeldes y abrió los abismos del mar á uno de sus ejércitos, aterrará á los infieles y nos allanará el camino de la victoria. ¡Que no pueda decir el enemigo que ha visto las espaldas á un cristiano! ¡que pase primero la espada sobre nuestros cuellos y sobre nuestros cadáveres las plantas de los caballos africanos!»

Mostróse Alfonso tan bravo y tan resuelto á pasar la Losa, que hasta los mismos que le habían aconsejado la retirada desearon ser los primeros en pasarla; mas en esto un pastor mal cubierto de andrajos les abrió camino por donde menos esperaban. «Natural de estos montes, dijo el pastor á los reyes, conozco los secretos de esta sierra. Anduve muchos años por ella apacentando ovejas y saltando tras la caza, y sé lugar por donde bajéis sosegadamente á la llanura. Seguidme: os juro que habéis de hallar campo en que lidiar antes que los moros puedan caer sobre vosotros.» Admirados los reyes al oír estas palabras dudaron que pudiesen salir ciertas; mas sospechando que en labios de persona tan humildé podía haber puesto el Señor uno de sus avisos infalibles, mandaron con él á dos de sus mejores caballeros para que viesen la senda por donde había de pasar el ejército á las Navas. Supieron por estos en el mismo día cuán fácil les era la bajada rodeando el monte y tomando otro puerto sito más al occidente: regocijáronse, y enardecidos más y más por ese nuevo favor del cielo, movieron al rayar el alba todo el campo después de haber asistido á la celebración del sacrificio divino y recibido la bendición del arzobispo de Toledo. Abandonaron por inútil á sus miras el cas-

tillo de Castro Ferral, y partieron para el lugar descubierto por el pastor, lugar muy á propósito para la batalla (1).

Los infieles en tanto no hacían más que dar gritos de victoria. Veían desocupadas las cercanías del puerto de la Losa; y creyendo que los cristianos les habían cedido el campo, esperaban conseguir uno de los más soberbios triunfos. Mas debieron perder pronto sus esperanzas. Vieron á poco brillar cerca de sí lanzas y pendones enemigos; y como vieron y oyeron levantar en frente de las suyas innumerables tiendas, se estremecieron de asombro y destacaron precipitadamente algunos escuadrones, que apenas hubieron llegado al ejército de Alfonso para impedir el asiento de sus reales, tuvieron sobre sí las espadas de millares de cruzados y hubieron de retroceder después de recia y larga escaramuza. Juzgaron entonces llegado el momento de la batalla, dejaron el paso de la Losa, bajaron todos á las Navas, pusieron en orden sus huestes, y ya dispuestos á la pelea, esperaron al enemigo hasta que asomó la noche. No viendo en todo el día que se moviesen los cristianos sino para construir más y más tiendas, deshicieron sus haces; pero ya tan llenos de arrogancia, que el emir no dudó en escribir á Jaén y Baeza que tenía cercados á tres reyes y esperaba cautivarlos en el espacio de tres días. Volvieron al amanecer á ordenar sus huestes; pero sin alcanzar tampoco que las ordenara el enemigo.

Los reyes cristianos habían resuelto no aceptar la batalla

(1) Llamábase este pastor, según escriben muchos cronistas, Martín Alhaja, y dicen de él, que agradecido el rey, le armó caballero y le dió por armas siete jaqueles rojos en campo de oro con orla azul, y seis cabezas de vacas blancas por una que él dió por señal de la entrada de las Navas. Dicen otros, y lo creen así en Baeza, que se llamó el pastor Martín Malo, nombre que lleva aún una torre y Dehesa de la comarca de la misma ciudad, que suponen-le fué cedida por la liberalidad de Alfonso. No falta tampoco quien ha creído que fué San Isidro el de Madrid el que condujo los reyes á las Navas; y hasta hay quien asegura que fué un ángel enviado por el Señor para guía de su ejército. El hecho de suyo singular ha dado motivo á mil conjeturas y á más ó menos fundadas tradiciones; y esta es sin duda la causa de que haya sido tan diversa la opinión de los que se han dedicado á investigar qué nombre tuvo el pastor y de qué familia noble fué cabeza.

hasta dos días después de haber entrado en las Navas, y se mantuvieron firmes en su campamento hasta que acercándose el plazo empezaron á animar al ejército con pláticas religiosas, y á moverlo á que se dispusiera á lidiar y á derramar su sangre. Llamaron á media noche á los heraldos, los esparcieron por todo el campamento, y dieron orden de armarse á los caballeros, de formar á los soldados, y de moverse para el combate á cuantos militaban bajo las banderas de Jesucristo. Hicieron celebrar misa en un altar levantado sobre una cumbre; la oyeron ellos y sus caballeros armados de todas sus armas, y doblada humildemente la rodilla, confesaron y fueron absueltos por el arzobispo D. Rodrigo, que los bendijo á todos á tiempo en que empezaban á palidecer las estrellas ante la primera luz de la mañana. Y fueron luégo á disponer sus haces y á poner en orden el ejército, que al agitarse entre las tiendas, hizo sentir en toda la llanura un rumor parecido al que precede á las tempestades de verano.

Dividieron el ejército en tres grandes secciones: Alfonso de Castilla tomó la del centro; Sancho de Navarra la del ala derecha; Pedro II de Aragón la del ala izquierda. Subdividió Alfonso la suya en cuatro huestes y en tres D. Pedro. Iban en la primera del rey de Castilla D. Diego López de Haro, sus hijos D. Lope y D. Pedro, el infante de León D. Sancho Fernández, D. Martín Núñez de Hinojosa, el alférez de Madrid D. Íñigo de Mendoza, Pedro Arias de Toledo que servía de alférez mayor, los parientes y los vasallos de Haro, y los pocos cruzados extranjeros que quedaron en el ejército después de la toma de Calatrava (1). Gobernaba D. Gonzalo Núñez de Lara

(1) Sobre las gentes que vinieron para esta campaña de naciones extranjeras escriben con bastante vaguedad los escritores de aquella época. En Rodrigo de Toledo leemos: «Él venir de las gentes comenzó desde el mes de Hebrero, é vinieron pocos á pocos cada día, así que por todo el invierno vinieron en guisa que quando el verano entró eran ya muchos ayuntados en Toledo. Y porque las gentes eran muchas é de muchas tierras é de muchos lenguajes é en el departamento é en el vestir é en las costumbres, por ende ordenó el rey D. Alonso que el arzobispo D. Rodrigo que demorasse en Toledo de donde era arzobispo porque guardase las

la segunda, compuesta de los tercios de Vélez, Alarcón, Huete y Cuenca, de los caballeros del Temple, de los de San Juan, de los de Calatrava y de los de la orden de Santiago. Acaudillaba la tercera Rui Díaz de los Cameros, á quien acompañaban su hermano Alvar Díaz, Juan González Uceró, Gómez Pérez de Asturias, García Ordóñez y los tercios de San Esteban de Gormaz, Almazán, Ayllón, Medina-Celi y Atienza. Estaba por fin al frente de la última el mismo rey Alfonso, que iba con muchos prelados y ricos-hombres de su reino, y llevaba consigo los tercios de Valladolid, Medina del Campo, Olmedo, Arévalo y Toledo. Venía en ella lo mejor y lo más noble de Castilla: venían el arzobispo D. Rodrigo, el obispo de Palencia, el de Sigüenza, el de Osma, el de Ávila, D. Gonzalo Ruiz Girón, D. Rodrigo Pérez de Villalobos, D. Suero Téllez, el leonés D. Fernando

gentes de pelea... É porque aquellas gentes que venían cansadas eran muchas, ordenó el noble rey D. Alonso que posassen por menos trabajo en la Huerta del rey so los árboles á costa del rey fasta que movieran para la lid... Comenzaron las gentes á venir á la fama de la lid que avía de fazer el noble rey D. Alonso de Castilla con los Moros. É vinieron muchos de tierra de Francia, é vino el arzobispo de Burdeos, é el obispo de Nantés, é muchos Ricos-Hombres. É vinieron otrosí de tierra de Lombardía muchos caballeros simples é muchos homes de á pié. É vino otrosí el arzobispo de Narbona D. Arnalte que fuera otro tiempo abad del Cistel... Este arzobispo de Narbona D. Arnalte truxo consigo muchos cruzados de la Francia de los godos que traían muchas armas é muchas sobreseñales, é venían bien guisados; é llegó allí á Toledo é recibiólo el noble rey D. Alonso é el arzobispo D. Rodrigo de Toledo, mucho honradamente...» En la carta que el rey D. Alonso escribió al papa haciéndole relación de esta jornada, está, sin embargo, este hecho bastante circunstanciado. «Vino, dice el rey, grande multitud de gente ultramontana y también los arzobispos Narbonense y Burdiganeses y el obispo Nannetense. De manera que llegaron á dos mil soldados con sus hombres de armas, diez mil caballos y cincuenta mil peones, gente de servicio á quienes proveimos nosotros de sustento.» Ejército verdaderamente considerable había de ser esta cruzada de extranjeros; mas no estuvo toda en la batalla de las Navas. Á los pocos días de abierta la campaña y después de la toma de Malacón y Calatrava, debida en gran parte á sus esfuerzos, instigados según unos por el enemigo de todo bien, según otros por el deseo de volver á ver su patria, y aun, según algunos escritores, por celos y desavenencias cuyas causas no nos son muy conocidas, abandonaron casi todos el campo, no quedando de ella más que el arzobispo Narbonense y Teobaldo Blazón, natural nuestro, con unos ciento y cincuenta hombres de á caballo y algunos de á pié, si hemos de atender más á la relación del arzobispo D. Rodrigo que á la del mismo rey, quien asegura que no quedó ningún infante. No tomaron, pues, parte en la batalla más extranjeros que estos ciento cincuenta y uno, número por cierto bien escaso.

García y el alférez mayor D. Alvar Núñez de Lara. Formaban parte de la cruzada todas las clases del Estado, y brillaban allí las armas del rey, las de los grandes, las de los hidalgos y las de los más ínfimos pecheros.

Las huestes del de Aragón estaban también confiadas á caballeros no menos principales de aquel reino. Llevaba García Romero la primera; iban en la segunda Simón Coronel y Aznar Pardo; acaudillaba la tercera el mismo rey seguido de grandes y prelados como el de Castilla. Había en aquellas haces condes que llevaban consigo gran número de nobles y soldados, caballeros que acaudillaban brillantes mesnadas, y obispos á quienes seguían cuerpos de tropas armados y sostenidos con el oro de sus arcas. Entre los vizcondes de Rocaverti y los de Villamur descollaba un Moncada conde de Ampurias, un D. Armengol conde de Urgel y un Bernardo de Roger conde de Pallars; entre centenares de lanzas veíanse flotar los pendones de los vizcondes de Cardona, los de los vizcondes de Cabrera y los de los barones de Centellas. Brillaban en torno del rey como las estrellas al rededor del sol los Lunas y los Alagones, y formaban su cortejo varones tan esclarecidos como los Luzias, los Matorrens y los Dezlores (1).

(1) He aquí, según Beuter, cuáles fueron los principales caballeros aragoneses que asistieron á esta batalla: con D. Fernando, hermano del rey de Aragón y monje de Poblet, iban su hermano Sancho, conde de Rosellón, su sobrino Nuño Sánchez, hermano de este último, Guillem de Castelnau, Ramón de Canet, Aymar de Moset, Pero Vernet, Andrés de Castel Rosellón, Guillem de Olms, Guillem de Cabestany, Ramón de Vives, Ramón de Torrellas, Pero de Barberá, Tomás de Lupian, Arnaldo de Bañils, etc. Con Moncada, conde de Ampurias: Yofre, vizconde de Rocaverti, Bernardo de Cabanes, Remón Xatmar, Pero de Cartella, Yofre de Valgorvera, Otger de Doriús, Geraldo de Sarra, Bernardo Guillem de Foga, Galcerán de Cartellá, Bernardo de Santa Eugenia, Galcerán de Cruilles, Gastón de Cruilles, Pero de Paz, Guillem de Bordills, Pero Azbert Catrilla, etc. Con el conde de Urgel: D. Armengol, primo del rey, Galcerán de Puigverd, Amorós de Rivelles, Gizbert de Guimerá, Bernardo de Mansonis, Remón de Pinell, Guillem del Antoru, Hugo de Troya, Gueraldo de Espes, Guillem de Moya, Guillem de Rubión, Galcerán Sacosta, Oliveros de Termens, Remón de Peralta, Remón de Fluviá, Pero de Oluja, Bernardo de Pons, etc. Con Bernardo Roger, conde de Pallars: D. Remón, vizconde de Villamur, Arnald Alemán de Torella Serverón, Remón Montpensat, Guillem de Bellera, Pero de Cominges, Guillem de Villafior Roger, Arnald de Orcán, Cerverón